Por los celos de una reina

Episodio histórico y desdichado a que dio lugar Isabel de Baviera

Diego San José

UN BONITO NEGOCIO, Y TRES HIJAS MÁS BONITAS

Allá por los lejanos finales del siglo XV, época memorable en que las ciencias, las artes, las letras, la industria y el comercio comenzaban a florecer, existían en París, en la calle de los Lombardos, los más ricos almacenes de la vieja ciudad del Sena, y por ello de toda la Francia.

Ciertamente, que aquello más que la Lonja del mercader, parecía al forastero el palacio de algún ilustre magnate extranjero en la fastuosa y desordenada corte del pacienzudo y sufrido Carlos VI.

Las calles adyacentes a la mencionada de los Lombardos, en que se hallaba enclavado tal almacén, se veían constantemente obstruidas por pajes, escuderos, lacayos y mozos con hacaneas, literas y sillas de manos, de las más ilustres casas parisinas.

Damas y caballeros de la más alta y empingorotada alcurnia iban por sí mismos a procurarse sus compras, y en ello parecía que se congratulaban mucho, pues hacían de los amplios aposentos mercantiles el punto de reunión.

Tanta era la riqueza y fastuosidad con que estaban amueblados y la profusión con que estaban servidos, que a fe que no echaran muy de menos sus propias viviendas.

Tan rumbosamente sabía entretenerlos Giacomo Lopresti, que tal era el nombre del rico mercader.

Dicen que Florencia era su patria. Y así las gentes que le favorecían, más que por el nombre de pila, le mentaban por el Florentino; y de la misma manera en toda la ciudad.

Su esplendidez llegaba hasta hacer de su casa, en el vespertino crepúsculo (y fuera del negocio), punto de tertulia de los más notables caballeros. Y alcanzó también gran fama este obsequio, porque su merced acostumbraba a servir el té y el hipocrás en servicio de oro.

Por cierto, que como ya es sabido que en todas las clases de la vida hay bueno, malo, mediano y peor, y así entre los príncipes bulle gente villana, como noble entre los plebeyos, este lujo dio origen a una bellaquería de cierto invitado y a una finísima y sutil componenda del mercader liberal.

Se celebraba el cotidiano ágape como de costumbre, y reinaba la más franca alegría; la conversación manaba fresca y abundante, no ya por los cauces de la amenidad, sino por los regatos del ingenio, cuando observó maese Giacomo que uno de los convidados, muy disimuladamente, se guardaba una cucharilla de oro.

Calló el buen anfitrión, y, por no dar nota desagradable alguna ni poner en evidencia al tan aprovechado sujeto, dejó que todo prosiguiese en la misma paz con que había tenido comienzo.

Al punto de levantarse la mesa, acudieron los criados a retirar la vajilla.

Observó el maese que el que tenía por encargado de la plata andaba muy desasosegado, como si alguna cosa echara fuera de cuenta.

Le llamó y le dijo:

—Fulano, pues ¿qué os acontece, o qué perdisteis que no halláis?

Respondió el fámulo, que no era más (y ya era bastante), que, al contar y recontar la plata, como cada vez que servía tenía por costumbre, echó de menos una cuchara.

—¡Os valga Dios por hombre de bien! —le replicó sonriente Giacomo—. Andad y pedidla a aquel señor, quien por ruego mío la había guardado para probar vuestra fidelidad.

Si las buenas prendas, riqueza y cortesanía del huésped eran merecedoras de toda distinción y respeto, no eran ellas bastante a tener tantos devotos, sino tres hermosísimas hijas suyas que, detrás del mostrador, defendían el comercio de su padre y eran espejos de caballeros, puesto que la mayoría de la vieja ciudad no perdían ocasión de acudir a mirarse en ellas.

—Son las mejores prendas de mi casa —acostumbraba a elogiarlas Lopresti, orgulloso de apuntarse en sus buenos hechos la paternidad de tan hermosas criaturas—; y, luego, entristeciéndose un poco y nublándosele un tanto los ojos, añadía—: cierto que ellos son un primoroso traslado de su madre, que Dios tenga.

Dicen que las tres sumaban a su magistral belleza tanta honestidad y tal cúmulo de virtudes, que el mismo sol, por verse puro y limpio, acudía a mirarse en los ojos de ellas, antes que en la diafanidad de las fuentes y en los arroyos escondidos.

Más galanes y aficionados traían tras su garbo que moscas un pastel y tabardillos el agosto; pero ninguno, con ser de las más linajudas familias de Francia, y de muy buen parecer, habían logrado dar un paso en los corazones de las tres hermanas.

Lo que no conseguían las miras y prejuicios del tiempo aquel en que tan graves y acerados eran los enconos contra los sufridos comerciantes, contra quienes todo desmán y desafuero que cometiera la

gente noble se tenía por justicia, lo conseguía la belleza de aquellas tres mujeres, haciendo que la casa de su padre fuese tan festejada y considerada como el palacio de un cardenal.

Y así siempre se veía en la tienda a la hora de despacho, y luego en la del té, a los primogénitos de las más ilustres casas, y aun príncipes de la sangre de los Carlovingios, que no se diría sino que era aquella mansión antecámara de S. M. el rey Carlos.

El maeso, que confiaba tanto en el decoro y virtud de sus hijas como en los mandamientos, se frotaba las manos viendo cómo su negocio navegaba prósperamente por tan tranquilas y bellas aguas, y bendecía a Dios y a la belleza de su progenie, que le servía de tan gentil cebo para pescar barbos de oro, dejando siempre intacta la carnecilla que los seducía, y limpios como la plata, que jamás ni con el hálito los empañaron, los filos del anzuelo.

Algún que otro gran señor solía decirle:

—Ay, Giacomo, que más me place una hora en tu casa que una noche en palacio; y cómo me pluguiera de que se trocasen las tornas, esto es, que la hora fuese empleada en la casa del Rey y la noche en la tuya.

Y el florentino sonreía y le decía: —¿Qué hemos de hacerle, señor?, hay cosas que no están en la mano del hombre, sino en la conciencia y en la dignidad, en el deber y en el honor. Llamad a vuestro favor y auxilio a todas estas honorables hadas, y, si ellas os asisten, bien podéis estar en mi casa de noche y en palacio cuando tengáis obligación.

Y con quien así hablaba parece que era el señor de Maulle, gentilhombre muy influyente cerca de la reina Isabel de Baviera.

También cuentan las crónicas que el conde de Lagny y el marqués de Boijourdan parece que eran gozquezuelos que andaban a la olor.

«EMPEZÓ POR UNA APUESTA...»

Maese Bautista, feliz y orondo propietario de *La Bola de Oro*, la más famosa hostería de las que por entonces disfrutaba París, pasaba por un gran vividor; era su entender que como el Rey acuñaba moneda para toda la República, sin distinción de jerarquías ni estados, todos, según la medida de sus

fuerzas, podían hacer gasto en su establecimiento, por lo que con iguales respetos recibía a nobles y a villanos.

Todos estaban conformes con las puntuales atenciones del hostelero, aunque en la mayoría de las ocasiones sirviese y cobrase gato por liebre; como unos y otros de las dos estirpes, la noble y la plebeya, no tenían necesidad de mezclarse para hacer gasto, transigían con el huésped.

La parte destinada a la parroquia de calidad estaba instalada en el piso superior de la casa, y ciertamente que era una magnífica pieza digna de tan encumbrados señores.

Porque es de saber que lo más florido de la gente moza y bullanguera de la nobleza de Francia, solía tener por ermita pagana de su esparcimiento este local.

Muy bien sabía hacer Bautista los honores; y, como además de tener encerrados en sus amplias bodegas la mejor sangre de las cepas del Languedoc, de Borgoña, del Rhin y de España, tenía amarradas en las naves de sus cocinas las más expertas guisanderas del reino, de ahí que el negocio le fuera viento en popa por los anchos mares de la prosperidad.

Era, además, un hombre que sabía guardar un secreto, por transcendental y comprometido que fuese. Parroquiano que a él se confiaba (como pagase bien) para cualquier asunto, noble o infame, cristiano o hereje, dentro de *La Bola de Oro*, ya podía llevarlo a cabo con toda tranquilidad, que nadie le molestaría. Los esbirros del preboste distinguían el oro de Maese Bautista sobre el de las alhajas de la corona.

Algo más eran de las ocho de la noche del 23 de diciembre del año de gracia de 1390.

Hacía poco que se había oído el toque de la queda, y no se tardaría mucho sin que viniera a relevarle en los imperios del sonido; mas esto no era cosa que inquietara al hostelero ni a su parroquia, con cerrar las maderas no salían a la calle los resplandores de la luz, y todo quedaba acatando las órdenes del prebostazgo.

La gente de poco pelo ya fue despabilada.

Quedaban los magnates.

Entre ellos, los galanteadores de las tres perlas florentinas:

El conde de Lagny, el marqués de Boisfourdan y el barón de Maulle.

Glosaban con gran entusiasmo los encantos de aquellas tres bellezas, Ana, Leoncia y Berenice.

—Son tres piezas, para tomar una plaza —decían.

—Y también un reino.

Por cualquiera de las tres puede jugarse uno la vida en contra, y, si hay quien me lo proponga, ved aquí, que estoy dispuesto.

—Se me antoja—dijo un hidalgo que solo parecía asistir como espectador— que ninguno de esos tres pimpollos ha florecido para ser trasplantado al jardín de vuestros amores; están muy altas y tienen muy acerados pinchos los bardales del suyo.

—¿Y qué pensáis que hace falta...? —respondió, entre fatuo y ofendido, Boisfourdan.

—¿Valor? —asintió Lagny.

—No trato de ofenderos suponiendo que carecéis de él —replicó el incrédulo—; pero no es valor la primera materia que se necesita para los bloqueos de damas, sino que la plaza no sea fuerte; y esas doncellas, al menos para vosotros, me parece que lo son, y tanto como los muros de Nuestra Señora.

—¿Las tres?

—Las tres.

—Pues, mirad —dijo, levantándose un tanto impertinente y fanfarrón, Mr. de Maulle—: de las tres, hay una que me parece la más hermosa y la más difícil de todas.

—¿Cuál? —preguntó el desconocido.

—Berenice —respondió el hidalgo.

Todos convinieron con él que así lo estimaban, y fuera ella causa bastante para provocar una sangrienta guerra civil y aun europea.

—Pues bien —prosiguió el caballero—; no sé yo del poder amatorio que puedan tener mis camaradas Lagny y Boisjourdan; pero por mi parte os apuesto ahora mismo cien escudos de oro a que mañana, día de Navidad, antes de la una de la noche, Berenice será mía.

—Alto ahí, amigo —exclamaron los otros rivales—; esa apuesta la aceptamos todos.

—¿Van, pues, los cien escudos?

—Van.

—Mirad que los perderéis.

—Si tuviésemos la completa seguridad de dejarlos en vuestras manos, no nos creáis tan necios que cometiésemos la simpleza de apostarlos.

—Ved que esto puede saliros muy caro.

—Señores —dijo Maulle levantándose para salir—; la dilación no es tan larga. Mañana, a las dos de la noche, en este mismo sitio. Venid prevenidos del dinero. No perdono ni un sueldo.

—Vos no olvidéis el vuestro.

Y salieron todos, silenciosamente, por una puertecilla que daba a una calle excusada.

El desconocido, que dio origen a la apuesta, el cual en toda la velada no bajó el embozo del rico tabardo más allá de los ojos, desapareció sin que nadie supiera su condición, ni aun el mismo Bautista.

—¿Qué más da? Llegó aquí pidiéndome un aposento lejos de la tienda, me pagó bien e hizo poco gasto. Acaso sea algún expatriado extranjero a quien le convenga andar oculto. Ello no me parece cosa que a alguno nos quite el sueño.

Como negros fantasmas se desvanecieron todos en las espesas sombras de la noche que invadían las angostas callejas de la ribera del Sena.

DÓNDE FUE EL ENCUBIERTO

Así como el desconocido se vio en el postigo de la hostería, aprovechando la algazara de los otros, que comentaban y celebraban la apuesta, se deslizó a lo largo de la estrecha calleja, atravesó un sinfín de ellas, mas siempre haciendo lo posible por no hallarse con ronda ni retén alguno, hasta que dio en la misma mansión de los reyes de Francia.

Por una mezquina puertecilla que daba a un hórrido e inmundo callejón, se metió y a poco calaba en la cámara de Isabel de Baviera.

Con poca ceremonia trató a la soberana, quien por su parte no mostró extrañeza alguna por tan intempestiva visita.

—¿Eres tú? —dijo con acento contrariado—. ¡Válgame Dios, siempre llega quien menos se espera y quien ninguna falta hace!

—¿Quién sabe —respondió el recién llegado— si el que no esperabais os sea esta noche de más utilidad y os sirva mejor que el que esperáis con tantas ansias?

—¿Qué dices? —replicó la soberana.

—Que por esta noche y mañana disculpéis la ausencia del caballero Maulle.

—¿Cómo así? ¿Le has visto?

—Sí.

—¿Dónde?

—En *La Bola de Oro*.

—¿Con quién?

—Le acompañaban...

—Habla pronto.

—No os impacientéis, Alteza, que nada se me quedará en la arquilla de los secretos.

—Pues di pronto quiénes le acompañaban.

—El conde de Lagny, el marqués de Boisjourdan y el duque de Nemour.

—Estarían acaso...

—Amigablemente nada más, señora; no dé Vuestra Alteza rienda suelta a la imaginación, que aún no es tiempo.

—¿Había alguna mujer con ellos?

—Hasta mañana, no, Alteza.

—¿Qué quieres decir? Habla de una vez o por la Pasión de Nuestro Señor.

—Obedezco. Como bueno y lealísimo servidor que soy de Vuestra Alteza, quería, señora, prepararos la desagradable nueva en modo de que causara el menor daño posible en vuestro enamorado corazón. ¿Vuestra Alteza ha oído hablar acaso de un afortunado mercader florentino de la calle de los Lombardos?

—Sí, creo que tiene el comercio mejor provisto y más lujoso de París.

—Exactamente. Y ¿habéis oído también por casualidad que las más preciadas prendas de su casa

son tres hijas como tres soles?

—Ciertamente, oí ponderar esas tres hermosuras peregrinas, pero no fío en que sea tanto como dicen. Habladurías del vulgo novelero, sin duda.

—Podéis creer, señora, que pocas veces la fama habló con tan noble verdad, pues, no siendo vuestra Alteza, no hay en todo el reino de Francia mujeres más hermosas que Ana, Leonora y Berenice Lopresti. Y, como tengo para mí que esta última tiene ventaja sobre sus hermanas, los más apuestos donceles de la corte andan locos tras ella por conseguir una sonrisa de sus labios, y más que ninguno...

—¿Quién?

—El barón de Maulle, el cual ha apostado cien escudos de oro...

—¿Por qué?

—Porque mañana, día de Navidad, antes de las doce de la noche, será suya la hermosa florentina.

—¡Baltasar!

—¡Señora!

—Esto que me dices, ¿no será una ruin calumnia tuya para perder a esa mujer? Tú eres la llave de mis secretos, conoces muy bien el capítulo de mis amores con el barón, y sabes lo caro que le costaría el capricho a quien pretendiera arrancarle de mi querer.

—Lo sé.

—La ruina a la que precipitó tu industria el florecimiento de Lopresti, de la que, si no fuera por mi liberalidad, no hubieras conseguido salvarte, ¿no habrá llenado tu alma de odio para perderle?...

—Mi gratitud y mi obligación me mandan serviros; en esto que os digo me parece que hay una prueba de mi lealtad hacia Su Alteza.

—Si es así, sabes dónde suele llegar mi gratitud. A mi cargo queda que mañana no salga de palacio el barón; al tuyo que no se vuelva a saber más en París de Berenice. Pongo en tus manos la venganza de tu bancarrota ocasionada por la suerte de Lopresti. Acude a todos los medios y no temas, Isabel de Baviera es tu salvaguardia.

—Alteza, confiado en esa palabra, tened fe en mí, la nube de vuestros celos no dejará rastro ni sobre vuestro corazón, ni sobre la faz de la tierra.

En esto, se advirtió desde un corredor, cuya entrada se ocultaba por un riquísimo tapiz, ruido de discretos pasos.

—¡Es él, vete! —dijo la reina.

Rápido salió el israelita por el mismo lugar por donde entrara, y un instante después, el señor de Maulle y la soberana de Francia estaban juntos...

BALTASAR KANUF

No hubo necesidad de salir de palacio para llegar a su casa.

Su aposento estaba instalado en una de las galerías altas del Louvre, en el pico de una maciza torre.

Llegó todo satisfecho y gozoso.

Se diría que Satanás le había puesto en los ojos el siniestro y poderoso fulgor de los hornillos de sus calderas.

En la faz se le marcaba el espantoso gesto de una sonrisa vengativa y cruel, y todo su ser era agitado por un temblor producido por la cercanía del daño que iba a causar, sin peligro ni cuidado alguno que comprometieran su libertad y su vida.

Se acostó más que por la necesidad de dar reposo al cuerpo, por dar suelta a las fogosidades del levantado espíritu que junto con las locas víboras de su malvada imaginación le negaban toda paz y sosiego en el augusto silencio de la noche.

Baltasar Kanuf había sido años antes uno de los más opulentos mercaderes israelitas, que asentaron en la levantisca y canallesca corte del señor rey Carlos VI.

Los más ricos tapices de Persia, las más famosas telas de Arabia en su casa se encontraban, y allí los más costosos perfumes del mundo, con lo que siempre veía su tienda concurrida por las más bellas y notables damas de París.

Su lonja estaba establecida en la calle de los Lombardos.

El hombre vivía como en la gloria, y, aunque mucho ganaba, contra la legendaria sordidez de los de su raza, presto le daba alegre salida en bureos y francachelas.

Ya había entrado en la edad que dicen de la razón, aunque le faltaban muchos años para entrar en la del respeto y la experiencia.

En el apogeo iba de su negocio, cuando quiso la bella y señora dama Suerte mostrársele tornadiza, y fue llevándose a la misma calle, y casi frontero a la casa de Kanuf, al rico florentino Lopresti.

Ya queda dicho anteriormente el influjo que alcanzó dicho mercader, tanto por el lujo y surtido de sus mercancías, y la esplendidez con que atendía a la parroquia, como por la rara belleza de sus tres hijas.

Comenzó la gente, influida por la novedad, a favorecer a Lopresti y a dejar a Kanuf, con lo que en poco menos de año y medio, vio secarse el florecimiento y buen nombre de su casa.

Hubo que cerrar la lonja y malvender el género almacenado, si no quiso que todo lo llevara la trampa o la justicia, que es lo mismo.

Pidió protección a la reina Isabel, y esta, estimándole sus excepcionales maestrías de orfebre, le nombró su joyero y maestro guarda plata.

En el corazón de Kanuf germinó la venganza contra Lopresti, y comenzaba a florecer con mucha lozanía.

Aquel beso de la suerte tenía que hacérselo llorar con lágrimas de sangre, y no perdonaba ocasión alguna de procurarlo.

En todo momento desprestigiaba las mercancías del rico florentino, y aun decía que era un pirata, que tenía bajeles en los mares latinos y asiáticos, que robaba cuantas naves abarrotadas de riquezas surcaban aquellas aguas, y que, después, descansadamente y con hipócritas apariencias de hombre de bien, despachaba en su bazar de la calle de los Lombardos.

Tampoco dejaba muy por alto la honorabilidad de las hermosas florentinas, y a todo el que se prestaba a escucharle contaba infames historias de amores y amoríos, sostenidos con los más ricos y alcurniados caballeros de Francia.

—Al fin quiso Dios señalarme la hora de la venganza —murmuraba el miserable, mientras en vano pretendía sosegar en las tinieblas del sueño la tempestad de sus pensamientos—. Va a desaparecer en el torbellino de mi rencor mi más odiado enemigo... No hay justicia en la tierra capaz de molestarme. Con barrera tan alta pueden arrostrarse todas las empresas y todos los peligros.

Ya era cerca del día, cuando el pensamiento se le recogió y el sueño le refrenó las ideas y le cerró los ojos.

EL DESHONOR DE UNA REINA

Aquella Isabel subida al trono de Francia, antes por egoístas conveniencias de Estado que por amor a su esposo, el débil e infortunado Carlos VI, a quien desde los primeros días de matrimonio repudiara, arrastraba cínica y lasciva por el fango 1a fidelidad conyugal que tuvo que jurar en los altares.

La lista de sus cortejos y sus martelos era numerosísima, y a los que por inclinación amatoria no se entregaba, lo hacía por vicio.

El caballero Maulle era por aquellos años de 1390 el último que figuraba en el protocolo de su corazón y en los registros de su lujuria.

Le eligió entre los palaciegos de su corte, y parece que aquello que ella no pensó que pasara de lúbrico entretenimiento como hasta allí le había acontecido, tomó soberanía con fueros de pasión hasta que el mal paso dado en este lance la obligó a darle al olvido.

Era la reina, a decir verdad, una soberbia mujer, y así sabía esclavizar a sus amantes, más por hembra que por soberana, no ocurría con ella lo que con otras malcasadas que andan solapadamente por los altos de la Historia, que antes por ser quienes son que porque lo mande el rapaz de la venda, tienen cohorte y legión de amadores y aficionados.

De esta misma manera dicen que era también aquella alegre Diana de Poitiers, gentilísima entretenida del galán y enamoradizo Francisco I, la cual, antes que por su jerarquía, por su belleza muy extremada y gentilísimo donaire, iba sembrando amores aun entre las damas.

Y aun dicen que en esta mujer hacían otras tal agasajo, que rayaba en devoción, las cuales rogaban y ella consentía besarle el seno desnudo, y así se daba el caso de salir de su cámara, todo desabotonado el corpiño, mostrando cínicamente la esplendidez de sus carnes, en que damas y doncellas iban a hocicar como en reliquia milagrosa.

Fuera, esta reina Isabel, noble, buena y honrada como era hermosa y deshonesta, y a buen seguro que hoy asentara en el cielo a la diestra de Dios Padre entre los bienaventurados, y tuviera día en su honor en el Santoral; pero siendo como queda historiado, no sino en las casas llanas pienso que figure su nombre escrito con almagre de la hermana que esté de turno.

LA NOCHE DE LA APUESTA

La noticia de la apuesta por el rapto de la hermosa florentina había corrido como un reguero de pólvora, prendido por audaz mano entre la alegre y aristocrática mocedumbre de París.

Prometía ser un ruidoso suceso que por unos cuantos días ocupara la atención de los parisienses.

En todos vivía reciamente la idea de la apuesta, con más fe que en la mente y en el corazón del caballero Maulle.

Su regia amante nada le habló de ello en la misma noche de que por conducto del servil y rastrero Kanuf tuvo conocimiento de la aventura.

Solamente le obligó a que en la siguiente noche y a punto de las diez se hallara en su cámara.

Y exactamente puntual estuvo el doncel.

Ya hacía gran rato que esperaba la regia adúltera, y en sus hermosos ojos brillaban de vez en cuando relámpagos de celos, pensando en que el miserable Baltasar no estuviese bastante a tiempo, y Maulle lograra el triunfo de su apuesta.

En fin, si este acudiera a la cámara regia a la hora citada, poco había que temer; el amor que pensó en dar un vuelo hacia la espléndida Berenice continuaba encadenado a Isabel de Baviera.

Se descorrió un tapiz y apareció el galán caballero.

Tan abstraída estaba la soberana y tan poco ruido hizo el recién llegado, que no fue advertida su presencia, y la atormentada celosa, ante un amplio ventanal que daba sobre la explanada de palacio, siguió tejiendo el dolor de sus rencores con sus terribles planes de venganza, que no debían de tardar mucho en conmover a toda la tumultuosa ciudad.

Las manos del doncel se pararon a manera de vendas sobre los bellos ojos de la soberana.

La sorpresa recibida le hizo dar un leve grito.

Se soltaron las manos.

Quedaron libres los ojos, y comenzó maese Cupido a tejer su tapiz.

Maulle, ciertamente subyugado por la arrebatadora belleza de Isabel, permaneció unos leves instantes como en éxtasis, que ya es sabido que cuando la admiración es mucha tienen más elocuencia los ojos que la boca.

Le tomó al fin una mano y, arrodillándose a los pies de la hermosa infiel, la cubrió de besos.

No oponía la dama resistencia alguna; pero en su rostro no acababa de brillar la alegría, ni la satisfacción que produce el buen amor.

—Isabel mía, ¿qué tenéis? —preguntaba el galán—, ¿por qué ni una sola caricia vuestra ha

contestado a todas las mías, ni una sonrisa, ni una mirada? ¿Qué terrible causa os mueve a tan tirano rigor con quien tanto os quiere, ¡Reina mía!, que antes que de todos los súbditos de Francia lo sois de mi corazón?

—Déjame —respondió Isabel, despectiva, desprendiéndose de los brazos que la estrechaban.

—Pues, decidme, ¿qué os pasa?, ¿qué enojo tenéis contra mí?

Se puso en pie la esquiva y le respondió:

—Ciertamente que no estoy en humor de admitir las falsas promesas y viles juramentos de quien solo consiente en mi amor por ser quien soy, antes que por mujer.

Maulle protestó de esta creencia; pero ella, como si tales protestas no llegaran a sus oídos, continuó:

—Y tened entendido que, si por reina me habéis tomado, puedo proceder contra vos como tal y daros el castigo destinado a los traidores. Vamos, ¿a que no os atrevéis a jurar como cristiano que tenéis apostado robar a cierta beldad, hija de un famoso mercader de la calle de los Lombardos, esta noche de Navidad antes de las doce?

Ante el peso de acusación tan certera, permaneció el galán un buen rato en silencio.

La reina le miraba fijamente.

—No os atrevéis, ¿verdad?, tenéis conciencia de cristiano, aunque no de hidalgo, y no queréis condenaros como perjuro.

—¡Vida mía! —acertó a decir—; eso no es más que una mala voluntad que trata de perderme a vuestros ojos.

—Anoche, en cierta hostería que creo que llaman *La Bola de Oro*, y a la que el caballero tiene el asistir a ella por diaria costumbre, en unión del señor conde de Lagny, el marqués de Boisjourdan y otros de la misma calaña que no son más que pícaros con títulos nobiliarios, ¿no apostó mi señor y dueño cien escudos de oro a que esta noche sería suya cierta dama Berenice?

—¡Ay mi Dios! —le respondió Maulle dando a sus palabras un tono jovial y sincero—. ¿Dejaría de ser más que broma si alguna cosa dije fuera de tino?

—¡Bien hayan las bromas!

—¡Si estoy ahora en tus brazos, Isabel mía!, y hasta que alumbre el sol pienso estar en ellos (si no es que tu esquivez y tus celos injustos me lo impiden), ¿cómo puedo robar a nadie, ni asaltar otros vedados jardines que no sean los de palacio? Y en esta noche, que, por celebrarse el nacimiento de Nuestro Señor, todo París está en vela...

—Gran obstáculo es esto para espíritus arrojados y aventureros como el vuestro. Y, en cuanto a que habéis de estar esclavizado a mí toda la noche, no penséis tampoco que ello sea argumento para tranquilizarme.

—¿Por qué?

—¿Tan solo, tan desamparado estáis en el mundo, que no tenéis amigos o servidores, de tan lealísima y buena condición, que se presten a hacer lo que vos les hayáis prevenido de antemano?

—¡Oh!, mi vida, cómo corre tu imaginación.

—Mi imaginación.

—O los hijos de tu amor, que son los celos.

—Yo soy débil mujer, y quién sabe si con solo quereros, y sin moverme de este sitio, sin amigos leales que me sirvan, puedo poner un abismo entre la apuesta de ayer y la aventura de hoy.

—Sí, ya lo has puesto. ¿No sabes que el mundo y todas las cosas, todas las personas de esta vida se dividen en dos partes, a un lado ellos y al otro nosotros?

Dos besos, callados y muy largos, fueron el colofón de aquel coloquio.

Dos horas después, un vocerío enorme que de la calle subía profanó el silencio de la estancia.

Las campanas tocaban a rebato.

—¡Fuego, fuego, fuego! —eran las palabras que más claramente se oían.

—¿Qué es ello? —preguntó Maulle incorporándose sobresaltadamente.

Isabel, insinuante, más amorosa que nunca, le respondió, estrechándole contra su seno:

—¿Qué os va en eso a vos? Dormid, que soldados tiene el rey que se curen de la policía de la corte. ¿Sabéis, mi Luis, una cosa?

—Decídmela.

—Que ya no tengo celos...

La fiesta de la Navidad estaba a punto de finar por aquel año.

En casa de Lopresti no era costumbre celebrarla, porque antes que aniversario de regocijo por el nacimiento del Redentor del mundo, era de duelo, por haber perdido en aquel día del año a su bella esposa.

Desde poco después de las diez estaban todos recogidos y entregados al sueño, que cuando las penas acucian de firme no hay remedio mejor que meterlas en la cama, ellas nos arrullan y nos atormentan hasta que nos cansan y nos duermen.

Ya iba maese Morfeo haciendo su menester de acallar al pensamiento y dar reposo al cuerpo, cuando maese Lopresti se dio cuenta de que la atmósfera se hacía irrespirable.

Prendió yescas y encendió una luz.

El terror que recibiera fue indescriptible.

La habitación estaba llena de humo.

Por las junturas de puertas y ventanas se advertía el trágico resplandor de las llamas.

No hubo tiempo para más que echarse sobre los hombros un rico tabardo y calzarse los borceguíes.

Abrió la puerta, y una irrupción de llamas invadió el dormitorio; pero, arrostrando todo peligro, aunque en él estaba la muerte, saltó por el destructor elemento y se dirigió a la cámara de sus hijas.

Ya toda la casa estaba hecha una hoguera; vigas, herrajes y muebles caían estrepitosamente.

Tanto esplendor, tanta riqueza, convirtiéndose estaba en cenizas, sin que hubiera forma humana de ponerle remedio. Pero, con ser ello la ruina y la desgracia de toda su vida, pues que le hacía caer de la más encumbrada opulencia a la miseria más espantosa, no era su mayor angustia.

El infeliz padre gritaba desesperadamente llamando a sus hijas, pero aun el eco permanecía mudo a sus voces.

Desafiando todos los peligros, a lo largo de un corredor vio cruzar un hombre con una mujer en brazos.

Pensó que fuera un alma caritativa y heroica, de estas que nunca faltan en los trances extremos, que arriesgaba su vida por prestar socorro a los seres débiles.

Volvió a llamar, y solo una satánica carcajada respondió a sus palabras.

El hombre, con su preciosa carga, despareció veloz per entre los ardientes escombros.

Al fin, Lopresti pudo hallar a sus dos hijas, Ana y Leonora, quienes, locas de terror, pretendían saltar por una ventana.

En aquel instante unos buenos vecinos arrimaban una escala al alféizar, por donde los tres pudieron llegar a la calle, sanos y salvos.

Pero el dolor fue mucho más grande al advertir que faltaba la hermosa Berenice.

Lopresti, en medio de su angustia, confiaba en que no fuera otra que la mujer que vio en brazos de aquel hombre, y pensó que acaso la estuvieran asistiendo en alguna casa de la vecindad...

Preguntó, indagó, se olvidó de todo para preocuparse de la hermosísima doncella; pero no hubo quien acertara a darle más razón de que en los primeros momentos vieron a un hombre salir con una mujer desmayada. Todos habían pensado también que la libraba del peligro, y nadie le detuvo.

Un chiquillo, desarrapado y sucio, dijo, ingenua y llanamente, que aquel hombre, con la mujer en brazos, se había unido a otro que le esperaba con dos caballos en las sombras de una cercana calleja; que montaron en los corceles, después de haber acomodado a la dama en el del que esperaba, y que al galope se alejaron hacia las riberas del Sena.

El dolor de Lopresti y sus hijas ya no tuvo límites, y comenzaron a comprender la causa de su desgracia y de su ruina; el rapto y perdición de Berenice.

Entonces, alguien que en el día anterior estuvo en *La Bola de Oro*, contó el lance de la apuesta y dio el nombre de quien la mantuvo.

Ya no hubo duda alguna.

El nombre del barón de Maulle corrió de boca en boca, y todos pidieron castigo para el incendiario y seductor.

Los honrados vecinos del barrio del Abate, los del distrito del Temple y los de San Dionisio y la Universidad, que, provistos de hachas, picos y cubos acudieron a prestar el socorro que bien pudiesen, quisieron asaltar la casa del caballero.

Cierto que lo hubieran llevado a cabo de no presentarse a tiempo el preboste y darles toda clase de seguridades como aquel asunto quedaba al cargo de su policía, y que se haría terrible y ejemplar justicia, sin parar para nada en la alcurnia del criminal.

Mala separación le aguardaba al invasor del nido regio, de los brazos de su paloma.

El infeliz Lopresti, arrodillado a los pies del Preboste, le imploraba bañado por raudales de lágrimas:

—Señor, no pido más que a mi hija; en cuanto a lo demás, no quiero nada por el daño tan

injustamente recibido en mi hacienda, no se persiga a nadie; todo no había de ser ventura. Otros tiempos vendrán, si Dios quiere. ¡Mi hija, señor, Berenice de mi alma; poned en conmoción toda vuestra gente! Es lo único que ansío. Aun con ella, puedo considerarme el más feliz de los mortales; sin ella, me sobra hasta la vida.

DE CÓMO GANÓ LA APUESTAEL BARÓN LUIS DE MAULLE

Todo el pueblo de París estaba exacerbado por aquel hecho insólito.

—¿Pues qué —pensaba—, no hay más sino que uno de estos desocupados pisaverdes se le antoje, para distraer su aburrimiento, prender fuego a una casa y robar a una mujer, y haya que reírsele la gracia como si fuese cosa de mucha travesura e ingenio?

Y, durante dos días, hubo muy sonadas querellas pidiendo justicia.

Y las voces llegaron al mismo parlamento del Rey, quien a pesar de su abulia y despreocupación, llegó a conmoverse y mandó que se hiciera lo preciso, aun cuando fuera contra la primera nobleza de su corte.

Lógica y natural consecuencia.

De allí a dos días fue preso y encarcelado el barón de Maulle.

No fueron suficientes ruegos y protestas para convencer a la señora justicia de que no fue él quien cometiera tan horrible desafuero.

A sus negativas le cerraban el paso con la apuesta que la víspera de Navidad hubo de hacer en la hostería de *La Bola de Oro*, ante el conde de Lagny y el marqués de Boisjourdan y otros caballeros.

Protestaba el barón de que aquello no fue más que una bravata sin intención alguna de llevarla a cabo, desde el punto y hora en que salió de su boca de hacerla efectiva.

Muy bien, le replicaban los jueces;

—Demostrad entonces dónde pasasteis la noche, y acaso esto pueda ser una sólida prueba de vuestra inocencia.

Pero a tal requerimiento respondía que aun a ciencia y conciencia de morir inocente por el crimen

que le imputaban, ni en los más crueles tormentos daría satisfacción a esta pregunta.

—Ved, caballero Maulle —le advirtió el Preboste—, que en esa obstinada negación, no ya solo os va la vida, sino el buen nombre y el honor de vuestra esclarecida alcurnia.

—Pues, todo ello, señor —respondía enérgico el reo—, antes que hacer público en donde hube de pasar la noche de Navidad.

—Pues no haced cargo a la justicia del Rey Nuestro Señor de lo que pese sobre vos de aquí en adelante.

—Dios sabe mi inocencia, y esto me basta.

Sin embargo, todo el mundo señalaba al amante de Isabel de Baviera como el autor de la ruina del opulento mercader florentino, y como infame raptor de la hermosísima Berenice, y, si el rencor popular hubiera tenido eco en los oídos de la señora Themis, sin más proceso ni formalidades, hubiera sustanciado la causa.

Por delante de las humeantes ruinas del bazar de la calle de los Lombardos, y por delante de los recios muros del Temple, todas las tardes, a la hora del crepúsculo, cruzaba, como espectro de la venganza satisfecha, un embozado; era el judío Baltasar Kanuf.

LUCHA ENTRE EL MIEDO Y EL HONOR

Tristes y horriblemente lentas corrían las horas para Mr. Luis de Maulle en su celda del Temple, donde fue recluido.

No hacía más de veinticuatro horas que se hallaba entre aquellas hórridas y macizas paredes, y se creería que habían pasado por él diez años.

Era inocente, y, teniendo tan a mano la defensa con no más decir dónde pasó aquella trágica noche de Navidad, que tan desdichadamente se había estampado en los capítulos de su vida, no podía hacer uso de ella, porque en un nuevo y más peligroso delito venía a dar.

Pensaba que acaso el inmenso ascendiente de su amante pudiese devolverle la libertad; pero también pensaba que no tenía tanta autoridad con ser quien ella era para hacer lo mismo con el honor,

puesto que todo el mundo le señalaría como incendiario y asesino salvado por un oculto poder, y aun puede que el puñal de la venganza cayera sobre su pecho.

De otra parte, era mucho el amor que sentía por su malcasada, para determinarse a hacerla redar con él en el cadalso.

—Yo sé que a los ojos del mundo —se decía— se cae con más honra por asaltar ajeno cercado, aunque una reina sea la fruta robada, que como forajido; pero sé también que con procurarme esta caída menos dolorosamente, no hago sino hundirla a ella en el oprobio y la deshonra que no quiero para mí.

De una manera u otra sabía que la muerte le aguardaba; pero era muy distinta, según que fuese por el atroz delito que se le imputaba, o por el que en realidad cometiera en mancilla del Rey.

De aquí que el honor de su alta estirpe y el miedo a la muerte luchaban con desesperación en los campos de su alma, sin que el pujilato cediera por alguna de ambas partes.

—En mal fregado os habéis metido, compadre —le dijo una mañana el carcelero al meterle la comida.

El preso no respondió; pero el guardián, que era hombre muy comunicativo, prosiguió en su charla:

—El pueblo os tiene mala voluntad, y afirma enérgicamente que ningún otro que vos es quien prendió fuego a la casa del florentino Lopresti, y robó y asesinó después a la menor de sus hijas. ¡Divina criatura dicen que era! ¿Cómo tuvisteis tan mala entraña?

—¿Beranice ha muerto? —preguntó Maulle.

—Toma, ¿os hacéis de nuevas? Si no lo sabéis vos, no sé quién va a saberlo —le replicó el maese de las llaves y los cerrojos—. ¿Y dónde la escondisteis que tan gentilmente habéis borrado todo rastro de la infeliz? ¡Vaya, señor de Maulle, que no acostumbráis a hacer las cosas a medias!

—Yo os juro, buen hombre, por la memoria de mi santa madre —le dijo angustiosamente el caballero—, que soy inocente de tan monstruoso delito, que jamás, ni ahora ni nunca, empleé mis energías en el daño del prójimo, ni nunca mis manos se tiñeron de sangre inocente.

—Yo repito lo que dicen por ahí, y como cristiano, y para que arregléis vuestras cuentas espirituales, os advierto que esta otra que tenéis con el mundo se dice que os la saldará muy pronto la justicia del Rey, y quedaos con Dios, que mucho tiempo necesitáis si tenéis que poner en orden de marcha los capítulos de vuestra vida, y todos son tan negros como este.

Recogió el hombre los restos de la comida anterior y salió de la estancia, dejando a Maulle con más negras angustias de las que ya sufría.

En medio del dolor intenso a que su difícil situación le tenía remitido, aun sintió una aguda punzada

por la muerte de la hermosísima florentina, y brotó de sus labios una oración y de sus ojos una lágrima.

LAS ANGUSTIAS DE LA REINA

Desde que Isabel de Baviera supo que su amante, culpado por la voz del pueblo, purgaba en una mazmorra del Temple la imprudencia de unas palabras, que no la comisión de un delito, no vivía en paz pensando que para probar su inocencia o forzado por las crueldades del tormento hablara, y hablara claro.

En un solo instante, aquel en que supo que su amador pasara a ser inquilino del Estado, se le fue como por ensalmo el loco y criminal amor que pocas horas antes le tuviera, y no pensó en otra cosa que en hacerle callar a todo trance.

¡Cuántas horas se llevó ideando planes para ello!

Aquella misma mañana hizo acudir a su cámara a Baltasar Kanuf.

—Baltasar —le dijo apenas le tuvo delante—. Si ese hombre habla, estoy perdida; con la deshonra sobre mi frente quizás caiga sobre mi cuello el hacha del verdugo. ¿No habrá un medio de que calle?

—Pudiera haberlo.

—Cómo. Habla.

—¿Vuestra Alteza se avendría a consentirle cualquiera que fuese?

—¿Qué intentas?

—Ahora, permitidme que sea yo quien pregunte. ¿Vuestra Alteza se aviene a consentir, para salvarse de la deshonra y el castigo, cualquier medio que yo le proponga?

—Sí.

—Advierta, señora, que será preciso sacrificar una vida.

—La del Barón.

—Sí.

—¿No hay otro remedio?

—No, señora. Y ello, después de todo, no es más que cuestión de adelantarle la última hora, puesto que la muerte ya hizo presa en él y le tiene bien atenazado. Si calla, como hasta aquí (por no descubriros), dónde hubo de pasar la noche del 24 de diciembre, queda convicto de incediario y asesino, y el suplicio se impone; si por salvarse de tamaña afrenta tira de la manta, como suele decirse, y os deja al descubierto, no penséis que le den el almirantazgo como premio; de cualquier modo, sus horas están contadas. Adelantándonos al verdugo le salvamos del oprobio, y vos quedáis fuera de peligro.

—¿Y tú piensas que el remedio es eficaz?

—Único e infalible

—¿Consiste?...

—En muy poca cosa: unas gotas de cierto elixir en el agua, que ni siquiera le da olor... y camino de la eternidad.

—¿Quién se encarga de ello?

—No paséis cuidados, con oro (que es lo único que necesito), lo mismo se alzan los hierros de una cárcel que ese tapiz que separa esta cámara de vuestro aposento. Además, el jefe de los calaboceros del Temple es un tanto jugador, dos, ambicioso, y tres, borracho; conque ya veis cómo el diablo, en este negocio, se pone de nuestra parte. A él le conviene que haya pecadores, ¿no veis que, si no, no habría infierno?

Se levantó Isabel del sillón en que se asentaba y, dirigiéndose a un precioso mueble, labrado en ébano y plata, sacó de él una repleta escarcela que entregó al judío.

—Ve si con eso hay bastante —le dijo.

—No es mucho lo que se necesita —replicó el tal— para llevar a buen puerto esta nave. Ahora haced cuenta de que nada desagradable ha acontecido que pudiera daros sobresalto, y haceos a la idea de que nunca conocisteis ni aun oísteis hablar del gallardo barón de Maulle.

Y, haciendo una reverencia, que más tenía de cínica que de respetuosa, salió de la regia estancia.

Isabel de Baviera tenía ciega confianza en las infernales mañas del israelita.

Comenzaba a estar tranquila, y aun parece que musitó una plegaria por el alma que iba a separarse de aquel cuerpo que tan suyo fue.

EL DEFENSOR

El barón de Maulle pidió, de allí a pocos días, al Parlamento, que fuera servido de enviarle un defensor notable que se encargara de su causa, que tan mal cariz iba tomando por el empeño del reo en no dar razón de dónde pasara la noche del crimen.

Fue atendida su demanda, y quiso la buena suerte suya que cayera el nombramiento en Mr. Pourquois, que gozaba justísima fama de ser el jurisconsulto más sabio del Parlamento de París.

Famosos eran sus informes en toda Francia, y así como acontece publicar y ensalzar los milagros de los santos para aumentar la devoción hacia ellos, se contaban y publicaban, los complicados y difíciles pleitos en que este portento de la judicatura venció limpiamente sin torcer la espada de la justicia.

Era hombre de ya alguna edad, aunque aún le faltaban algunos años para entrar en la respetable senda de la vejez.

Nobles eran sus facciones, y a la hidalga sencillez de la persona encuadraba muy armoniosamente la mesura y convencimiento de la palabra

Se diría que desde el primer instante en que vio a Maulle, antes de que este le hablara, creyó en su inocencia.

En las simpáticas facciones del reo, la dulzura y la lealtad habían dejado sus rasgos.

—Caballero —le dijo apenas entró en la celda—. Antes de dar de lleno en los necesarios preliminares de mi oficio, he de haceros una advertencia, que espero me escuchéis, y disculpéis si en ello viereis alguna molestia para vuestro ánimo. Creo de mi derecho y deber de mi profesión prestar el apoyo de mis luces a los desgraciados que me reclaman para arreglar sus cuentas con la justicia, pero es también ley de mi conciencia no aceptar nunca asunto que estime indigno de defender por la monstruosidad del delito.

—Y bien, señor licenciado —le replicó el preso—. ¿Qué queréis decirme?

—Que si, como espero, sois inocente, estoy pronto a consagrar todas mis energías, toda mi fuerza intelectual, para conseguir vuestro triunfo, pero si fuerais culpable, me retiraría inmediatamente, dejándoos al amparo de Dios.

—De modo —exclamó lleno de abatimiento el infeliz barón—, ¿que también vos me creéis culpable?

—Hasta ahora no puedo afirmar ni negar por mi parte, solamente me hago eco de la creencia de todo el mundo, que solo a vos señala como autor del incendio de maese Lopresti, y raptor y asesino de la menor de sus hijas. Si ciertamente es así, con vuestros remordimientos os dejo, renuncio a vuestra defensa.

Al decir esto, como si hubiese escuchado la terrible respuesta afirmativa, hizo ademán de retirarse, pero Maulle le detuvo, diciéndole:

—Quedaos, señor, quedaos. Podéis desde luego encargaros sin escrúpulo ni repulsión alguna de salvar la vida y la honra a un inocente, que habrá cometido errores y faltas, como todos los mortales, pero que jamás echó sobre su limpia conciencia la mancha de un delito.

—Bien sabe Dios —le replicó paternalmente monsieur Pourquois— que diera años de mi vida por no encontraros mezclado en este asunto.

Las manos del reo y defensor quedaron entrelazadas por largo rato como pacto de fraternidad.

A continuación, se entabló este diálogo:

POURQUOIS

¿Estás dispuesto a responder con toda sinceridad a mis preguntas, como si hablareis con vuestro confesor?

MAULLE

Sí.

POURQUOIS

Pues bien, referidme cuanto creáis que haya podido dar origen a que todo París, desde las personas más ilustres a las más humildes, os acuse como autor del monstruoso crimen de la calle de los Lombardos.

MAULLE

Es lo cierto, señor mío, que, subyugado por las hermosas prendas de la bella hija menor de Maese Giacomo, había comenzado a sentir por ella una loca pasión que me habría hecho romper con todas las conveniencias y dificultades para conseguirla, pero jamás (¡os lo juro por la sagrada memoria de mi santa madre, que desde el cielo está oyéndonos!) hasta el punto en que me acusan.

POURQUOIS

Pues ¿no apostasteis no sé qué importante cantidad de oro, en cierta popular hostería, a que la haríais vuestra la noche de Navidad, antes de la una de la madrugada?

MAULLE

Cierto que yo hice tal apuesta, y la mantuve, pero al pensar en ganarla no cruzó por mi limpio pensamiento la negra idea de llevarla a cabo por medios tan reprobables. Nunca en la venerable causa de Maulle hubo sombras de villanía, que es limpia como el sol mi estirpe, y pura como el agua de las torrenteras.

Hubo un largo silencio

Mr. Pourquois permanecía inmóvil y meditabundo, se creería que no había oído siquiera las últimas palabras del caballero.

Habló por fin.

—Un medio, y bien sencillo, tenéis al alcance de vuestra mano para echar por tierra toda acusación.

MAULLE

Decid cuál.

POURQUOIS

¿Estaréis dispuesto a admitirlo?

MAULLE

Figuraos, ¿qué no haré yo por la salvación de mi vida y de mi honra, y más si es consejo vuestro?

POURQUOIS

Ello me place.

MAULLE

Y ¿decís que es un medio infalible?

POURQUOIS

El mejor, el más enérgico de todos.

MAULLE

Ya os escucho.

POURQUOIS

Revolved entre vuestros recuerdos de aquel día y decid lisa y llanamente dónde pasasteis la noche, reclamando en vuestro apoyo el testimonio de las personas que con vos estuvieran.

A estas razonables palabras del Licenciado se oscureció la expresión del reo.

POURQUOIS

¿No respondéis, amigo mío? Mirad que en esa declaración está vuestra vida y vuestra honra. Hablad.

MAULLE

Señor Pourquois, perdonadme, pero aun cuando en los tormentos más inconcebibles tenga que perder la vida, y aunque haya de pasar por la ignominiosa afrenta de ver los blasones de mi casa borrados por la torpe mano del verdugo, y rotas mis armas en un cadalso, confiscados mis bienes, proscripta y perseguida por la justicia del Rey mi noble familia y aventadas las cenizas de mis mayores, no diré dónde estuve, ni con quién aquella noche fatal... Y, sin embargo, os juro por la cruz de mi espada y por mi fe de cristiano que no soy culpable de esta ignominia que ha caído sobre mí.

POURQUOIS

Puesto que esa es vuestra determinación, y con tan grande entereza la tenéis formada, no insistiré más, permitidme que me retire.

MAULLE

¿Me negáis vuestro auxilio? Acaso tenéis razón; sin lo que me pedís, no podéis tener la base de mi defensa...

POURQUOIS

He creído ver tanta verdad en vuestras palabras, tanta franqueza, que me parecía que, para mentirme, tendríais que mentiros a vos mismo primero. No acierto a desentrañar los secretos y graves motivos que tenéis para callar lo que os pregunto y que, en efecto, es la base de vuestra defensa y la llave de vuestra libertad; desde luego, sospecho que es alguna intriga amorosa que vuestra hidalguía calla por no comprometer el nombre de la dama, pero, a pesar de esto, confiad en mí, que yo procuraré los medios para proclamar vuestra inocencia. Y ahora, quedad con Dios. Voy a dar los primeros pasos para que volváis al mundo con los mismos honores y respetos que disfrutabais cuando pasasteis los rastrillos del Temple.

Y, después de estrechar muy efusivamente al barón, salió de la celda el ilustre jurisconsulto.

Más tranquilo quedó aquel.

Había oído siempre hablar de Mr. Pourquois con alta veneración y profundo respeto, aun a los de

su mismo oficio, su fama como criminalista era de las más sólidas.

Empezaba a abrigar confianza de que su desgracia no sería muy larga.

Aquel hombre notable era el médico que, desde los mismos bordes de la fosa, le tornaría a la vida sano y fuerte.

LAS PESQUISAS DE POURQUOIS

Leonardo Pourquois no solamente tenía un gran talento que le hacía el primero entre los abogados de París, sino que poseía un enorme conocimiento del corazón humano.

Tanto la práctica de la vida como de su carrera le habían dado esta humana enseñanza.

Que la savia de los grandes delitos que suele cometer el hombre son el amor, el odio y la envidia.

Obsesionado por este axioma se fue a ver al infortunado Lopresti, a quien cierto paisano suyo le había ofrecido un modesto hospedaje en su misma casa.

Después de que le hubo prodigado algunas palabras de consuelo, porque el infeliz padre no daba punto al llanto por su amada Berenice, le preguntó:

—Decidme, amigo, a ver si por esta senda podemos dar con el infame autor de vuestra enorme desgracia. ¿Recordáis si por acaso tenéis enemigos, o envidiosos de vuestra suerte?

—Por lo menos —respondió el inconsolable mercader— la norma de toda mi vida ha sido no procurármelos a sabiendas.

—Muy bien, pero ved que acontece que a veces suele la buena estrella premiar los desvelos y los sacrificios, y el que trabaja consigue ver remunerados sus esfuerzos muy altamente, como vos los habéis visto durante largo tiempo.

—Así es como vos decís, señor —asintió Giacomo—. Pero ved que vino la desgracia y en un solo instante se me llevó lo que la suerte tardó mucho en acabar de concederme.

—Ello sabéis que es ley de vida. Tiene más aguante el llanto que la risa, que muchas horas acontece durar un dolor, y la carcajada más alegre no llega a un minuto. ¿Podéis asegurar si las riquezas que honradamente hubisteis de acumular por la buena marcha de vuestros negocios y la excelsa reputación

de la que siempre gozasteis no han querellado rencores y envidias en contra vuestra?

—A fe que nada sé, señor —respondió el maese después de hacer memoria un corto intervalo.

—Y entre los mercaderes que comerciaban en vuestro mismo ramo y cercanos a vuestra favorecida lonja —tornó a preguntar Mr. Pourquois—, ¿recordáis si por acaso hubo alguno a quien vuestra prosperidad le hiciera sombra tan contraria y enemiga que tuviese que renunciar a su negocio por causa de vuestra competencia?

Otro breve rato quedó en silencio el florentino, al cabo del cual respondió:

—En esto sí creo que ha caído alguno.

—¿Conocéis los nombres?

—Uno solo recuerdo, por haber sido quien cayó con más estruendo.

—¿Queréis decírmelo?

—Un rico mercader indio llamado Baltasar Kanuf.

—¿Y tuvo que renunciar totalmente al comercio?

—Como que se arruinó, pero no por eso penséis que se hiciera enemigo mío. Por mi casa iba muchas veces. Y él fue de los primeros en venir a dolerse de mi desgracia. Retirado de los negocios, se convirtió al cristianismo, y hoy es el primer platero de la reina Isabel.

—¿Así es que de este hombre no tenéis sospecha alguna?

—No, señor. ¿Por qué tendría él que tomar tan horrible represalia de un daño que si sufrió no fue de mi mano, sino de la suerte, que es dama tornadiza y voluntariosa?

—Basta, pues, señor mío —concluyó Mr. Pourquois despidiéndose—. Permanecer tranquilo, y esperad un tiempo más venturoso que confío que no tarde en venir.

—Solo mi Berenice de mi vida —atajó el florentino— es el único bien que necesito, y este ya me parece que no llegará nunca, me la han arrebatado para siempre: fuera de ella, todo me sobra, incluso yo mismo, si no me hubieran quedado estos otros dos pedazos de mi alma para quienes tengo el triste deber de vivir.

—Ya os digo —le replicó paternalmente el jurisconsulto— que puede que yo sea el elegido por Dios para reparar en parte vuestros males, y acaso el mayor bien que os vuelva sea vuestra hija.

—¡Ay, si tal hicierais —exclamó el infeliz padre—, seríais la mano de Dios que tornaba lo que tan

villanamente me quitaron los hombres!...

SOBRE LA PISTA

Y Mr. Pourquois quería ser en lo posible como aquella mano omnipotente que calma las olas de la mar, sujeta el ímpetu de los vientos y descorre los velos de las nubes para que brille el sol.

Se constituyó como espía del palaciego orfebre, y no daba el tal fuera del Louvre paso en que no fuera seguido por el más notable jurisconsulto del reino.

Dos o tres días después de la entrevista que en las mazmorras del Temple tuvieran Mr. Pourquois y su defendido, ya a punta de noche y escudándose con las sombras, seguía el licenciado a su presa cuando, al dejar una angosta calle para desembocar en la mansión real, vio que al paso del renegado salían dos hombres que muy resueltamente le cortaron el paso.

Se cobijó Pourquois en el hueco de un mísero postigo, y, como el silencio era absoluto y muy estrecho el callejón, pudo llegar hasta él esta charla, que era un claro rayo de luz para el noble y justiciero empeño que traía.

—Aunque no nos perdonéis la impertinencia, maese Kanuf, aquí nos tiene por cuarta vez; y si fuerais formal en cumplir los compromisos como lo sois exigente en los encargos, no os daríamos esta incomodidad.

—¿Qué queréis?

—¡Cuerpo de mi padre!, ¿pues ya lo ha olvidado?

—¿Qué piensa que hemos de querer, sino lo nuestro?

—¿Pues se piensa que de balde se prende fuego a una casa, y se le da pasaporte para el otro barrio a una rubia tan bonita como la de marras?

—Yo bien os decía que me la dejarais viva a cuenta de mi parte, y no quisisteis.

—Callad, malditos, así os confunda Dios —y, arrojándoles al suelo un bolsillo, que al chocar contra las piedras declaró estar indigesto de oro, se marchó sin despedirse de los otros.

Tornó Pourquois sobre sus pasos, pues ya sabía bastante, y acudió a poner en conocimiento del

preboste lo que acababa de oír.

Este a su vez le escuchó con toda la atención que la gravedad de la denuncia requería, y resolvió que a la mañana siguiente habría de pasar el bellaco a dar cuenta de aquella conversación. No se determinó a llevarlo a cabo en el instante, porque no le parecía que esta detención fuera hecha en los mismos alcázares del Rey, porque le parecía que era mancillar la realeza del augusto recinto.

Con esto se fue más que satisfecho Mr. Pourqouois, pues ya le parecía que tenía en la mano la inocencia de su defendido.

Amaneció Dios, y fue el primer cuidado que tuvo el orfebre ir a visitar a maese Chavot, conserje de la primera prisión del Estado.

Se las prometía muy felices con él, y así caminaba más que contento, pensando haber realizado un bonito negocio con los celos de su reina.

LAS PRETENSIONES DE KANUF SE DESHACEN

El miserable israelita pensó haber hecho dos buenos negocios en un solo día, la muerte del infeliz barón de Maulle, y la posesión casi absoluta de la crecida suma que Isabel le diera para procurarse la voluntad del carcelero; y necesario es decir que el asunto no le salió tan a pedir de boca como el rufián se prometiera.

En el jefe de los calaboceros del Temple encontró un hombre enérgico y fiel cumplidor de su deber, que, además, respecto a aquel asunto, había sumado su conciencia al pueblo de París, y tenía sumo interés en que la justicia castigara el crimen de la calle de los Lombardos.

Así es que en absoluto rechazó las proposiciones.

Dijo que su deber era conservar el preso hasta el último momento, que, si era culpable, le castigara públicamente la mano del verdugo, y si no lo era, le sacaran de allí y tornase a vivir como quien fue entre las gentes honradas.

Insistió el platero, ofreciendo más respetable cantidad de la que ofrecía en principio, y esto era cual si por cada escudo de oro le arrancaran un pedazo de carne.

Se levantó el carcelero de su asiento y, poniéndole una mano sobre el hombro, le dijo:

—Si acerca de esto me habláis una sola palabra más, daré parte al Parlamento, y desde este instante quedaréis bajo mi custodia. Así es, señor mío, que recoged vuestro dinero y empleadlo como bien os parezca, que en mí no ha de ser. El Gobierno de Su Alteza el Rey Carlos VI (que Dios guarde), me paga lo bastante para que ocupe honradamente mi puesto sin tener necesidad de recurrir a estas gabelas extraordinarias.

—Ved —decía Baltasar— que hay muy alta personalidad a quien conviene esto, y el no aceptarlo pudiera costaros la vida.

—La perdería gustoso en servicio del Rey.

—Ved... —iba a continuar el miserable, pero el honrado guardián le advirtió recogiendo la palabra:

—Ved que se me acaba la paciencia, y que solo en consideración a que sois de la alta servidumbre de la Reina os estoy tolerando, salid de aquí, o no saldréis más.

Y le acompañó hasta la puerta, por donde salió como un venablo, diciendo al dar en el patio de armas:

—¡Voto a Caifás, y que me lleve el diablo si no os tenéis que acordar de mí!

—Amén —dijo el otro, mirándole marchar.

La opinión que el renegado tenía de aquel hombre le resultó completamente contraria, con lo que sus planes habían sufrido un gran retraso...

EN LAS GARRAS DE LA JUSTICIA

Muy imbuido iba el infame en sus malos pensamientos, escudriñando la mejor manera para ver de que no hablara el barón de Maulle, pues al fin pensaba que era hombre y los martirios del tormento podían muy bien hacerle dar al traste con su hidalgo tesón, cuando al ir a desembocar en el Louvre, le salieron al paso dos soldados del Preboste.

—Alto allá, en nombre del Rey —le dijo uno—. ¿Sois vos el Señor Baltasar Kanuf, platero y joyero de Su Alteza Mme. Isabel (que Dios guarde)?

—Yo soy —respondió altivamente Kanuf—. ¿Qué me queréis?

—Nosotros, nada —replicó el otro soldado—, el señor Preboste de París es quien desea veros.

—Decidle que yo soy un hombre honrado al servicio de Su Alteza Mme. Isabel, y que nada tengo que ver con la justicia —volvió a decir Kanuf, avanzando algunos pasos más para internarse en el Louvre.

Pero los otros se le pusieron delante, y le advirtieron que, si por hombre honrado se tenía, como juraba, le convenía no dar escándalo, sino seguirlos buenamente, pues ellos de todas maneras tenían que llevársele, que para eso fueron mandados.

Viendo el israelita que no podía sino obedecer, echó a andar con ellos.

Tanta era su insolencia y tanto su cinismo, que por su complicidad en los malos pasos de la Reina se creía invulnerable.

Rápidamente cruzaron algunas calles, y presto dieron todos en las oficinas del Prebostazgo.

Ya esperaba en ellas el Procurador general, quien inmediatamente quiso interrogar al preso.

Al alto funcionario acompañaba el Licenciado Pourquois, que fue quien aconsejó esta detención.

—¿Sois vos —le preguntó el procurador— Maese Baltasar Kanuf, antiguo mercader de la calle de los Lombardos, y ahora platero y joyero de Su Alteza la reina Isabel de Baviera?

—Yo soy —respondió.

—¿Habéis renegado de la falsa religión en que os educaron vuestros padres, y abrazasteis la única cierta y verdadera, que es la de Nuestro Divino Redentor?

—Sí —respondió Baltasar.

—Entonces, ¿juraréis por Él decir verdad?

—Según lo que se me pregunte.

—Sin reticencia alguna. Y tened presente que solamente la verdad puede salvaros del grave peligro en que estáis

—Y ¿qué es lo que vuestra señoría desea saber con tanta urgencia, que me ha impedido acudir a la cámara de mi ama y señora? —se atrevió a preguntar cínicamente el judío.

—Poca cosa. Nada más que quién ha puesto fuego a la casa de maese Lopresti, mercader de la calle de los Lombardos, y dónde está su hija menor, Berenice.

—Pues qué, ¿no tiene el prebostazgo de París policía que lo averigüe?

—Sí, pero como esto podéis saberlo vos mejor que averiguarlo ella, se os pregunta para ganar tiempo.

—Yo no soy esbirro.

—Pero podéis ser criminal. No olvidéis que estáis por entero sujeto a la Ley, y que de ninguna manera habréis de burlaros de ella. De una vez y sin contemplaciones, hablad pronto, si no queréis que el verdugo os saque las palabras del cuerpo.

A lo que respondió el israelita, sin dejar el tono sarcástico, pero un tanto influido por la terrible perspectiva del tormento:

—Sea, pues. No quiero que la justicia se devane más los sesos, ni recurra a procedimientos inútiles que no conseguirían más que estropearme.

—Hablad.

—Yo, Baltasar Kanuf, platero de Su Alteza la Reina Isabel de Baviera, he sido el autor del incendio de la calle de los Lombardos.

—Bien, seguid —mandó el Procurador, reprimiendo a muy duras penas la indignación que aquel ser abyecto le producía.

—Además, señor Procurador general del ilustre Parlamento de París, yo fui también el que, con el pretexto de librarla de las llamas, robé y luego hice desaparecer a la bella Berenice, hija menor de Giacomo Lopresti.

El procurador y el licenciado se revolvieron llenos de indignación.

—¿Qué más? ¡Miserable! —gritaron a un tiempo—. ¿Y habéis consentido que un inocente esté expuesto a pagar vuestras infamias?

—Comprenderéis que no iba yo a cometer la simpleza de venir a entregarme. Cuando hay un alma generosa que sale fiador de nuestras deudas, no nos resta que hacer más que quedarle eternamente agradecidos; por otra parte, señores magistrados, sabed que tan libre estoy aquí como en la calle, no fío en que seáis tan insensatos y tan enemigos de vosotros mismos que os atreváis a proceder contra mí.

—Pues yo os juro que no han de quedar impunes vuestros crímenes, y desde este punto y hora...

—No juréis, señor Procurador, ni hagáis castillos en el aire, porque yo no he hecho otra cosa que cumplir órdenes de una persona que está bastante alta para burlarse de vuestro poder y vuestros decretos, y es bastante poderosa para arrancarme de vuestras garras.

Súbitamente se alzó el procurador, como si un venenoso reptil le hubiera clavado el aguijón, y exclamó con voz firme:

—Nada hay superior a la justicia, ni aun el mismo soberano, entendedlo bien. Apresuraos, pues, a revelar el nombre de vuestros cómplices, por encumbrados que sean, que así su deshonra será mayor, y más enérgico el castigo.

—Haced cuenta de que nada he oído, porque sobre este punto no he de responderos cosa alguna.

—¿Dónde condujisteis a Berenice? —preguntó por su cuenta Mr. Pourquois.

—Ya, qué más da que lo diga o lo calle, donde la llevé tened por cierto que está bien segura y no es fácil que vuelva a salir.

—¿Estas son vuestras últimas palabras? —preguntó el magistrado.

—Respecto a este asunto, sí —respondió el miserable.

—Enhorabuena. Entonces, que la justicia de monseñor el Rey de Francia siga su curso ordinario.

Tocó una campanilla de plata y aparecieron dos alguaciles.

—Bajad a este hombre a la cámara del tormento, y veamos si allí es más elocuente que en la paz de esta sala.

Los esbirros se apoderaron del reo, quien, mostrando siempre su gesto cínico, se dejó conducir, sin hacer resistencia alguna.

—Me parece, ilustre Pourquois —dijo al Licenciado el Procurador general— que habéis hecho un importantísimo servicio a la justicia.

—Así lo creo, y, además, era mi deber, al aceptar la defensa de un inocente que ha estado a punto de pagar las cuentas de este miserable —respondió Pourquois.

—Pero mucho me temo —arguyó el magistrado— que no podamos llegar tan pronto ni tan bien como es de desear al fin de esta causa.

LA ELOCUENCIA DEL SUPLICIO

Conducido Baltasar Kanuf a la cámara del tormento, fueron aplacándosele el cinismo y la soberbia con los que entrara a la presencia del Procurador General.

No había llegado a la tenebrosa estancia y ya se sabía en el Louvre que el platero de la Reina iba a ser sometido a la prueba del tormento.

Esperándole estaban un escribano, un secretario, el verdugo con dos ayudantes y un médico.

En lo que le despojaban de las ropas, dejándole en cueros vivos, llegó el Procurador general, quien tomó asiento entre sus subordinados.

—Por última vez, y en nombre del Rey, os mando que digáis los nombres de los cómplices que os ayudaron a consumar los horrendos crímenes que cometisteis la noche de Navidad de este año de 1390.

—Cuanto tenía que decir, ya lo dije.

El magistrado hizo una seña y los ayudantes del verdugo se apoderaron del reo.

Lo llevaron al centro de la habitación, y de una cuerda que caía del techo, pasando por una garrucha como un carrillo de estos de pozo, le ataron por las muñecas; después de que estuvo atado, le alzaron hasta evitar que apoyara los pies en el suelo.

Estando en esta postura dijo el escribano:

—Se advierte al reo que de todo daño o quebrantamiento suya será la culpa, por no responder a no decir verdad a lo que se le pregunta, y no de este Tribunal.

Le demandaron de nuevo que declarase los nombres de sus cómplices, y como aún callara, le alzaron sobre la altura de un hombre.

El Procurador hizo una seña, soltaron la cuerda los esbirros y el cuerpo cayó a plomo.

Un angustioso quejido se escapó de los labios del criminal.

Se le izó nuevamente, pero con un grave peso de plomo en los pies.

Tiraron más de la cuerda, y el desgraciado llegó hasta el techo.

Tornaron a conminarle para que dijese el nombre de sus cómplices, y aun en medio de los atroces dolores que padecía tuvo alientos para callar.

Se dejó libre la cuerda, y el macerado cuerpo, arrastrado por el peso del plomo, bajó rápido, hasta casi tocar el suelo.

Un horrible alarido se escapó de los labios de Baltasar.

Las piernas y los brazos estaban descoyuntados, y las ligaduras que le sujetaban las muñecas le habían entrado hasta los huesos.

—En nombre de Dios, señores jueces —exclamó—, sed caritativos, soltadme.

—¿Diréis el nombre del que os ayudó en vuestros crímenes? —preguntó el Procurador.

—Si diré —respondió.

—Sea.

—La Reina es mi cómplice.

Como impulsados por un secreto resorte, jueces y médico se alzaron de sus asientos.

—Mirad lo que decís —le replicaron.

—Si me hallo en trance de muerte, señores míos —imploró—, ¿no he de decir la verdad? Libradme de este suplicio, os lo ruego por la Pasión del Señor.

... Fue desatado como pedía, y le trasladaron a una cercana mazmorra, donde le dejaron lleno de horribles sufrimientos sin prestarle auxilio de ninguna clase.

El Procurador, el escribano, el secretario, un consejero del Parlamento y el Arcediano de Laón, que habían asistido a la última parte de la prueba, se retiraron a deliberar sobre tan grave asunto, que era muy difícil de resolver, apareciendo en él un personaje de tanto compromiso como Isabel de Baviera.

EL EMISARIO DE LA REINA

Se diría que la bochornosa deshonra del Rey había caído como un velo luctuoso sobre el ánimo de aquellos secretarios que administraban justicia en su nombre.

Algunos querían aparentar duda.

Otros presumían que aquel hombre había lanzado tan grave inculpación para verse libre de los horrores y angustias del tormento.

Mr. Pourquois quedó tan asombrado como todos los demás, y pidió permiso para esclarecer el hecho hasta donde fuera posible, interrogando al judío.

Se disponía a trasladarse a la celda del tal, cuando se alzó el portier y apareció un paje anunciando a un emisario de Madama la Reina Isabel.

Se dio orden de que pasara adelante.

Y pasó un caballero que, como traía comisión de la soberana, creía que toda arrogancia y desmán convenían a la embajada.

Sin saludar siquiera ni descubrirse embocó en el aposento.

—¿Qué se os ofrece? —preguntó secamente el Procurador.

—Vengo en nombre de Su Alteza la Reina de Francia, que Dios guarde.

Todos hicieron una profunda reverencia.

—¿Y qué reclamáis?

—Su Alteza acaba de saber que habéis tenido el audaz atrevimiento de constituir en prisión a su platero y guardajoyas Baltasar Kanuf.

—Así ha sido en efecto porque conviene a la salud del Estado y a la Justicia del Rey (también que Dios guarde) —y fue repetida la ceremonia de la reverencia.

—Pues mi soberana os manda que inmediatamente me remitáis el preso que ha de volverse conmigo al Louvre, si es que no quiere todo el Parlamento de París incurrir en su justa cólera, que a esto obligan los desmanes de jueces y curiales advenedizos.

Iba el Procurador general, ya rojo de cólera y dignidad, a responder merecidamente a tanta osadía, pero le ganó por la mano el arcediano de Laón, quien dijo:

—Baltasar Kanuf está bajo las Leyes de la Iglesia y del reino, por farsario, relapso y hereje. Comunicádselo así a vuestra señora.

—¿Y eso qué tiene que ver con la voluntad de Su Alteza? —le replicó el emisario.

Y el arcediano a su vez.

—Haced presente a la Reina que no se cuide poco ni mucho de la suerte destinada al que hasta hace una hora fue su platero, y no se ponga al paso de la justicia, que a la Ley no la detienen cetros ni coronas.

Se disponía el altanero e insolente palaciego a decir alguna nueva impertinencia, cuando, conociéndole la intención el Procurador general, le atajó de esta recia manera, que fue como un rudo serretazo a un potro indómito.

—Suplicad también a Su Alteza que para otra vez tenga más tacto al elegir sus mensajeros. Esto, procurad, por vuestra parte, retenerlo muy bien en la memoria, porque os podrá servir de mucho en lo sucesivo. Si vos, que habéis venido aquí en nombre de tan alta personalidad como la de nuestra soberana, fueseis enviado de nuevo y os presentarais ante nosotros con la misma irreverencia y osadía que ahora, muy bien podría suceder que no tornaseis al Louvre con toda la urgencia que Su Alteza os necesitara. Id con Dios, y dadle gracias por que salís bien de donde habéis entrado tan mal.

El inexperto cortesano bajó la cabeza, y salió sin replicar una sola palabra, pues, si en nombre de su señora estuvo, se insolentó, no llegaba su servilismo hasta el punto de procurarse por ella un encontronazo con los procedimientos judiciales.

LA JUSTICIA COMIENZA A TORCER LA ESPADA

Después de que el portavoz de Isabel de Baviera saliera tan mal despedido de su comisión, resolvieron los señores consejeros reunirse en casa del Procurador general para trazarse la ruta que debían de seguir en tan comprometida como escabrosa causa, pues era muy alta la persona acusada para determinarse a proceder con severa rectitud.

Mr. Pourquois se fue en tanto a ver si podía sacar declaración más explícita al miserable judío.

Se hallaba este tirado en un montón de paja, exhalando débiles ayes a causa de los graves daños que sufriera en la sala del tormento.

—Vamos a ver —le dijo el defensor de Maulle—, puesto que ya la terrible verdad ha salido de vuestros labios, lanzando acusación tan grave sobre la soberana de Francia, tened la bondad de decirme ahora las causas que la llevaron a tan lamentable extremo. Ved que estáis muy cerca de comparecer ante el Supremo Tribunal, y con vuestras palabras salvaréis la vida de un inocente que iba a pagar vuestras culpas.

A medias palabras y con moribunda voz refirió Kanuf los amores de Isabel de Baviera con el barón de Maulle, y los celos que aquella tenía de la hermosa Berenice por la insensata apuesta que Maulle hizo la víspera de Navidad en la hostería de la *Bola de Oro*.

El reo, extenuado y febril, no fue hombre para responder a otras preguntas que le hizo, y así, sabiendo ya lo principal, se fue al consejo que se celebraba en casa del Procurador.

Para sí guardó el secreto de los criminales amores, y solamente se limitó, puesto que ya había aparecido el ejecutor del delito, a procurar la libertad para su patrocinado.

No dio poco que hacer la sustancia de la tal causa a aquellos doctos y sapientísimos varones.

Si se hubiera tratado de un mortal cualquiera, su sentencia estaría pronunciada, pero se trataba de quien se trataba, y era menester tomar la espada de la señora Themis y hacer de ella un cerquillo para contener el rescoldo de alguna cocina.

Por más que se discutía, no se llegaba a un acuerdo, porque los pareceres eran muy distintos.

Una parte pensaba que era un crimen de lesa majestad proseguir un asunto en que se hallaba mezclada de un modo tan concluyente media corona del reino, mientras la otra sostenía que la Ley se hacía para todos, desde el rey hasta el último plebeyo.

Pourquois escuchaba sin exponer otra conclusión que esta.

—Proceder como os dicte la conciencia, y echad toda la culpa sobre el judío, si queréis librar a la realeza de tan infame borrón, pero mandad que vuelvan a un inocente el honor y la libertad. ¿No es de justicia, puesto que se ha averiguado que el caballero Maulle no es autor del delito por el que se le prendió, que se le desagravie, y se le torne el buen nombre que siempre tuvo?

Pero los jueces nada resolvían.

No se atrevían a paralizar la causa ni menos a continuarla.

Así pasaron varias semanas, hasta que un día la intriga y perversión de aquella reina funesta, oprobio de su época y baldón de su raza, lo resolvió todo.

Una mañana amaneció muerto el judío Kanuf.

Nadie supo de qué ni se hicieron averiguaciones.

Y entonces fue cuando la justicia cayó de plano sobre el mísero cadáver, haciéndole único responsable, sin intervención alguna, del triste suceso de la calle de los Lombardos, y el barón de Maulle recobró la honra y la libertad...

El fallo que contra el platero y guardajoyas de Su Alteza, Madame Isabel, dio el Parlamento de París, fue el siguiente: enrodarle vivo y ahorcarle.

Por haber incendiado perversa y alevosamente los almacenes que el mercader florentino Giacomo Lopresti tenía establecidos en la calle de los Lombardos.

Por haber raptado y degollado a Berenice Lopresti, hija menor del citado mercader.

Por haber profanado su cadáver y haberlo arrojado después al Sena.

Por haber intentado con emisarios hábilmente difundidos entre las masas populares, que recayera su propia y absoluta culpabilidad en el ilustre y honorable barón Luis de Maulle...

CONCLUSIÓN

Para el vulgo novelero, hambriento de emociones desagradables y sangrientas, no fue un espectáculo grato la ejecución de la sentencia contra Baltasar Kanuf, porque hubo de ser cumplida en efigie.

—Con estas cosas no debe jugarse —decían los truhanes, que se consideraban engañados— se hacen o no se ofrecen. Con buena vida le tuvieron cerca de un mes, ¿a qué aguardan a que una noche le robe el diablo? Digan que esta gente de la vara es gente vaga y holgona, que cuanto menos tienen que hacer, quieren menos; fuera yo rey no más de un día, y a fe de quien soy, que anduvieran como viras.

Los bienes del reo, que otra vez habían llegado a ser crecidos merced a su pingüe empleo y a la liberalidad de la prostituta soberana, fueron confiscados en dos partes, una mitad para el tesoro real, y otra para Lopresti.

De suerte que el malvado, después de muerto resultó un infeliz, porque pagó con su vida los crímenes que cometió, no tanto por espíritu de venganza, como por celos de la reina, y con una parte de sus riquezas el honor de Carlos VI, un tanto averiado por Mr. de Maulle.

Así como se halló muerto al judío Kanuf fue puesto en libertad el caballero Maulle, cuyo primer

cuidado fue corresponder espléndidamente con su ilustre defensor.

—A vos os debo la honra y la vida —le dijo, apenas le tuvo delante—, sin vos, señor Licenciado, nadie se habría tomado el trabajo de averiguar mi inocencia, y a estas horas yacería mi cuerpo en el cementerio de los criminales que han saldado sus cuentas con la justicia. Soy rico, muy rico, tomad, pues, de mis riquezas lo que bien os pareciera, no como remuneración, sino a título de presente, y aún os quedaré de por vida reconocido.

—A mí me basta, señor, con mis honorarios de costumbre, que ciertamente no han de arruinaros —respondió Pourquois, y admitió una mezquina cantidad, indigna de su trabajo y de su fama, que luego repartió entre los vecinos más necesitados del barrio donde estallara el incendio.

Insistía Maulle en que admitiese otros obsequios, aunque no fuese más que por amigo; pero Pourquois se negó, diciéndole:

—Dejad el tiempo correr, que acaso no tarde mucho en necesitar de vuestra protección y de vuestra bolsa. Entonces os prometo acudir sinceramente a vuestra hidalguía, y al fin veréis cómo acabo yo por ser el agradecido.

Maulle tuvo que ceder ante tan hidalgo desprendimiento.

EPÍLOGO

Malos años de infortunios y calamidades cayeron sobre Francia durante más de seis lustros.

Puede decirse que no hubo durante todos ellos desgracia que no sufriera, guerras, epidemias, terremotos, que iban haciendo de su espléndido territorio un erial.

Y véase cómo al cabo de este tiempo vinieron los acontecimientos a dar la razón al Licenciado Pourquois.

En 1442 falleció el abúlico y desaprensivo Carlos VI, dejando en el trono a Isabel de Baviera, quien, apoyándose en el omnímodo poder que Inglaterra le prestara, y abusando de su condición de regente, sacrificó a sus antiguos y enconados odios todos los hombres más dignos de consideración y respeto, cualquiera que fuese su clase.

Claro que de este odio no podía escaparse el hombre que le había descubierto su más espantoso crimen.

Maulle aún conservaba cierto influjo sobre la soberana, aunque ya no reinaba en su corazón, pero, en fin, a título de licenciado tenía ascendente en palacio.

Un día se le presentó Pourquois, ya anciano y achacoso.

No quiso anunciársele con su nombre, tanto por miedo a que los criados del barón le delatasen, como por observar si en la memoria del caballero se había borrado su memoria.

—¿Me conocéis? —le preguntó así como le tuvo delante.

—¿Creéis —le respondió aquel— que yo soy de los que olvidan a los amigos? Pero sentaos y decidme a qué feliz acontecimiento debo el gran placer de recibiros en mi casa.

—No es placer, al menos para mí, sino desgracia —replicó Pourquois.

—Hablad —le invitó el barón.

—Ved que no me olvidé de vuestras promesas. Me ha llegado la hora de reclamar vuestro auxilio. La Reina no ha olvidado aquel tiempo ni aquella causa.

—Lo sé y, como os prometí, contad conmigo para cuanto os sea menester.

—Necesito abandonar el reino, porque vuestra real amiga ha echado sus lebreles sobre mí y me persiguen de cerca.

—Esta misma tarde saldréis de París, sin riesgo alguno; mis criados os darán escolta y podéis confiar en ellos tanto como en mí; son gentes que me sirven, los moldeo a hechura mía. Ellos no os dejarán hasta que paséis las fronteras de Brabante.

Hasta la hora de partir, que fue poco después de anochecer, Pourquois no salió de la casa de Maulle.

Le procuró este vastísimo equipaje y dinero tres veces suficiente del que se necesitaba para hacer el viaje.

Partió el coche, y desde aquel punto y hora el anciano Pourquois quedó borrado de la ciudadanía de París...

Murió en Tréveris en 1425, en donde vivió merced a una renta de 300 escudos de oro, que de por vida le había señalado el barón Luis de Maulle.